

pues bajando Bacon de la comarca alta, con sus tropas que acababan de vencer en el Bloody Run, sitió á Jamestown; la reconquistó, y para evitar que volviera á ocuparla Berkeley, mandó arrasarla hasta los cimientos. Un gran cuerpo de tropas, á las órdenes del coronel Brent, marchaba para atacar á Bacon; pero aterrorizados los soldados con la prontitud de su triunfo, se dispersaron sin aventurar el combate.

Quedaba Bacon completamente vencedor, y libre de llevar á efecto sus planes en toda su estension; pero nunca pudo saberse con exactitud lo que se proponía, pues poco tiempo después de su triunfo murió repentinamente. Tuvo lugar este acontecimiento en enero de 1677, y como él era el alma que vivificaba el movimiento popular, cayó con él también todo esfuerzo sistemático para lograr satisfacción de los anteriores agravios (*). Los partidarios de Bacon fueron presos en su mayor parte, y habiendo vuelto Berkeley á empuñar las riendas del gobierno, adoptó un sistema de cruel venganza, que mancilló su nombre y su elevada posición. No bajaron de veinte y cinco las personas á quienes hizo sufrir la última pena, luego que se hubo posesionado del mando. Horsford fué ahorcado: Drummond, de la Carolina del Sur, tuvo la misma suerte. Habíase vuelto tan sanguinario Berkeley, que la Asamblea le dirigió las más enérgicas protestas, y cuando llegaron los comisionados del rey para inquirir la causa de la rebelión, quedaron aterrados al ver tanta crueldad, empeñándose en poner coto á tan espantosa matanza. Grande fué la

(*) Mr. Ware, en su notable *Memoria referente á Nathaniel Bacon*, dice, que «no parece haya razón para dudar de la pureza de los motivos que le impulsaron; y de la ingenuidad y sencillez de su carácter.» Mr. Ware pone también en duda la aseveración emitida por Hening, de que Bacon murió envenenado. — Véase *Biografía Americana*, por Sparks, tomo XIII, págs. 230-306.

indignación que escribió en Inglaterra la conducta de Berkeley. Dícese que Carlos II, al oír el relato de sus hechos, exclamó: «Ese viejo loco ha quitado más vidas en aquella despoblada comarca, que yo en Inglaterra por el asesinato de mi padre.» Berkeley tardó poco en regresar á la madre patria, donde falleció algún tiempo después de su llegada.

El resultado de la rebelión de Bacon fué perjudicial para los intereses de los colonos. Verdad es que obtuvieron algunas ligeras concesiones sus justas demandas; pero la mayor parte de los abusos que habían provocado la insurrección quedaron subsistentes en toda su fuerza y plenitud. La totalidad de las *Leyes de Bacon*, aprobadas por la Asamblea popular, fueron anuladas; las franquicias quedaron restringidas como antes, y no como en su origen únicamente á los terratenientes, y la Asamblea elegida por ellos debía reunirse solo una vez todos los dos años, no debiendo durar sus sesiones más de quince días, á no ser que ocurrieran circunstancias especiales. Agobiados con tener que cumplir más estrictamente todavía las leyes de navegación, que los arruinaban; rebajado el precio del principal producto de sus campos, el tabaco; gravados además con la pesada carga de sostener un cuerpo de tropas inglesas; habiéndoles prohibido hasta sentar una prensa para imprimir, los virginios tenían que sobrellevar sus penas y trabajos del mejor modo que pudieran hacerlo, con la esperanza de que tarde ó temprano llegaría el día de la reparación.

Durante algunos años, el gobierno de la Virginia parecióse mucho al de la madre patria, en cuanto al abandono, corrupción y rapacidad de las autoridades. Dejamos dicho que toda la colonia había sido cedida á Culpepper y á Arlington. El primero de aquellos nobles obtuvo de su socio, 1680.

en 1680, la cesión de la parte que le pertenecía, habiéndosele conferido además el nombramiento de gobernador vitalicio, como sucesor de Berkeley. El espíritu de sórdida avaricia que infectaba la corte de Inglaterra, fué el único móvil que impulsó á Culpepper á solicitar tales privilegios, sirviéndole también de guía en su administración. Precisado á dejar mal de su grado, las delicias de la corte por el gobierno de una remota provincia, la única compensación que pudiera encontrar durante su destierro, era sacar de ella el mejor partido posible. Al llegar á Virginia trajo consigo una amnistía general por los recientes delitos políticos, y un decreto para aumentar las rentas reales con nuevos impuestos y gabelas. Diósele un sueldo de 8,000 pesos fuertes, doble del que disfrutaba Berkeley, y él se ingenió por su parte para aumentar sus emolumentos y satisfacer su codicia con gajes y concusiones. La opresión empezó á hacerse sentir tan duramente, aun para los más ardientes realistas, que se manifestaron síntomas de oposición en la misma Asamblea. La miseria de los colonos les había inducido á solicitar se impusiera un año de cesación en el plantío del tabaco; pero la Asamblea no pudo hacer otra cosa que someter la solicitud al «beneplácito del rey», y durante aquel tiempo, exasperados los colonos, arrancaron todas las plantas de tabaco. Estos desmanes, dictados por la desesperación, dieron lugar á varias ejecuciones, y se espidieron leyes para prevenirlo en lo sucesivo. Después de haber manejado así su administración durante tres años, Culpepper se dió por satisfecho, y cedió su patente, á trueque de una pensión de 2,400 pesos fuertes.

En 1684 reemplazó Lord Howard, de Effingham, á Culpepper, sobrepujando á su predecesor con sus estorsiones. Multiplicáronse los gajes, y en 1687 se

estableció un tribunal de justicia, del cual se declaró único juez el mismo gobernador. El despotismo iba llegando rápidamente á su apogeo. El gobernador había estacionado una fragata para compeler á la más estricta observancia de las leyes de navegación, y un derecho adicional de sisa sobre la importancia del tabaco en Inglaterra vino á desalentar todavía más al comercio. El comportamiento del gobernador con la Asamblea hizo de día en día más arbitrario, hasta que ya no quedó casi sombra de libertad popular. Tal era el estado de los negocios é intereses públicos en la Virginia, al advenimiento al trono del último de los Estuardos. Habiéndose manifestado síntomas alarmantes de insubordinación, no solamente en el pueblo, sino también en la misma Asamblea, que se atrevió á disputar el veto al gobernador, esta corporación fué disuelta sumariamente por orden del despótico monarca. Empero, el mismo espíritu que iba á ocasionar la expulsión de Jacobo II del trono de Inglaterra, se había despertado también con toda viveza en el pecho de los virginios, antes tan leales, y de cuya fidelidad abusó tan cruelmente una raza de reyes altaneros; 1688. así que la siguiente Asamblea, reunida en 1688, se mostró tan resuelta á mantener sus privilegios, que el gobernador, contando con el apoyo del monarca, después de haber tanteado las intenciones de la misma, se decidió á disolverla por su propia autoridad. Los diputados, por su parte, comisionaron á Ludwell, en otro tiempo uno de los más influyentes realistas, para que marchase á Inglaterra á entablar su apelación contra el gobernador.

Philip Calvert, según queda dicho en uno de los capítulos anteriores, se había afirmado en el gobierno de Maryland en 1660. Durante algunos años todo marchó próspera-

mente; estendíanse los colonos por aquel territorio, y la perspectiva de incremento en riqueza y poblacion, era tan brillante como halagüeña. Lord Baltimore se empeñó en

1664. alegar el derecho que creia asistirle para ejercer su jurisdiccion hasta en las márgenes del Delaware; mas chocó con la mala voluntad de los empleados del duque de York, tan poco dispuestos á consentirlo, como los holandeses cuando estaban en posesion de Nueva-Holanda. Del propio modo que en la Virginia, era la principal fuente de su riqueza el cultivo del tabaco: ésta habia recibido un grande impulso con el trabajo de los esclavos, y un desaliento proporcional fué el resultado de las leyes de navegacion,

que privaron de una cuantiosa renta 1671. á la colonia con los impuestos sobre el tabaco esportado en buques holandeses. A imitacion de lo que se habia hecho con la Virginia, se impuso un derecho de dos chelines por cada bocoy de tabaco esportado, la mitad de cuya cantidad se destinaba á sufragar los gastos coloniales, y la otra para el propietario, como renta personal.

Las sabias y prudentes medidas de Lord Baltimore, hicieron que produjera Maryland mas beneficios al propietario que ninguna de las otras colonias americanas; así fué que en su ancianidad obtuvo este hombre público una bella compensacion de sus afanes. A su

fallecimiento, tenia la provincia diez 1676. condados con unos diez y seis mil habitantes, en su mayor parte protestantes. Este hecho indujo á R. Mr. Yeo de Patuxent á dirigir una carta al arzobispo de Cantorbéry, quejándose no solamente de la desmoralizacion de la colonia, sino tambien del hecho de no disfrutar rentas fijas el clero de la iglesia anglicana, como sus hermanos de la Virginia; añadiendo que, por lo tanto su posicion no era tan respetable, ni conveniente-

mente calculada para producir el bien, como debiera serlo. Cuando, despues del fallecimiento de Lord Baltimore, llegó su heredero y sucesor á Inglaterra, el obispo de Lóndres, bajo cuya jurisdiccion se habian puesto las colonias, se empeñó vivamente en obtener del nuevo Lord que proveyese al mantenimiento de la iglesia anglicana, pre- 1678. tension á que á duras penas pudo resistirse. El sentimiento popular de la época era, sin embargo, tan desfavorable para los católicos romanos, tanto en Inglaterra como en la colonia misma, que Cárlos II espidió una orden para que solo se confriesen los empleos á los protestantes, esceso de autoridad para el cual no le facultaban los términos de la carta otorgada al padre del Lord, que eximia al propietario de la intervencion del monarca. El pueblo de Maryland, sin embargo, no hizo aprecio de aquella medida tan arbitraria por parte del rey.

Durante la permanencia de Lord Baltimore en Inglaterra, fué cuando los protestantes de la colonia, acaudillados por Fendal, el primitivo gobernador, que era hombre entendido en materia de conmociones populares, se pronunciaron contra el propietario bajo el pretexto de que era Papista. Este último, 1681. apresuró su vuelta; reprimió bien pronto la insurreccion, y dispuso el arresto de Fendal, que juzgado y reconocido culpable, fué desterrado por un año.

Aunque Jacobo II era un franco católico romano, así como Cárlos II lo era secretamente, no favoreció, al ocupar el trono, al propietario de Maryland, sino que antes por el contrario, dispensó su proteccion al cuáquero William Penn, sobre todo en la cuestion de límites; y en su consecuencia, 1685. Lord Baltimore tuvo que ceder ante las reclamaciones de su vecino. Ni aun la carta de Maryland pudo salvarse, pues

á pesar de cuanto hizo el gobernador, el monarca espidió contra ella el *Quo Warranto*. Lord Baltimore volvió apresuradamente á Inglaterra para defender sus derechos; pero antes de que pudiera arreglar-

se este asunto, Jacobo II abandonó el trono, y entonces todos los negocios se pusieron bajo otro pié. Veremos mas adelante qué efecto produjo en las colonias americanas el cambio político ocurrido en Inglaterra.